

Ética y simulación: el caso colombiano

Orlando Mejía Rivera

Departamento de Filosofía

Universidad de Caldas

ph

Discusiones Filosóficas
Departamento de Filosofía
Universidad de Caldas
No. 1 Enero - Junio del 2000

66294



"De esa manera, la simulación se ha convertido en el elemento vital de la vida intelectual de las españas; no es la excepción, sino generalmente la regla. Y en este elemento vital de la simulación no cabe la crítica, sino el dogma, que a su vez posibilita el rastacuerismo y lo alimenta. La simulación convertida en regla se infiltra consiguientemente en todos los hábitos de la vida intelectual: no solamente se simulan saber y ciencia, trabajo sistemático y hasta 'crítica' sino sobre todo 'fama'".

Rafael Gutiérrez Girardot.

Provocaciones

¿La crisis de cuál ética ?

Se habla de la crisis de la ética en Colombia y quizá ésta tiene mucho que ver con una comprensión unívoca de los significados de la palabra ética.

A) La ética entendida como costumbre o hábito explica y justifica algunas características del comportamiento social:

La costumbre de simular ser, es la falsificación y la astucia como un valor reconocido y admirado desde los tiempos de la

conquista. Los españoles simulaban ser los dioses blancos que existían en las mitologías indígenas; los criollos simulaban ser europeos, desconociendo su mestizaje; los negros simulaban ser mestizos, desconociendo su negritud; los indios simulaban el olvido de su cultura para aceptar su esclavitud y degradación sin sonrojarse. El antihéroe del simulador ha sido exaltado y premiado a lo largo de nuestra historia política y social: Lo que interesa es parecer ser, la inteligencia práctica es entendida como aquella actividad que permite ahorrar esfuerzos, utilizar a otros para nuestro beneficio, engañar y robar sin dejarnos coger. El sistema educativo permite al niño copiar y sentirse muy inteligente, luego en el bachillerato y la universidad se admira al que saca buenas notas sin estudiar, al que se aprende una frase de un autor y mediante su astucia simula que es experto en su pensamiento; la palabra se convierte en el instrumento de más alto grado de simulación, el funcionario público o el político que se enriquece sin que se le puedan demostrar turbios manejos se considera como un genio, como un "Talento" digno de imitar.

El arquetipo del simulador exige que lleguemos a nuestras metas con rapidez, no importa el proceso sino los fines, pero los fines terminan siendo los mismos medios: se busca dinero y poder para que se logre más dinero y poder; la palabra quebrada por la simulación convierte en retóricos los fines de los ideales colectivos: la justicia

social, el destino del país, etc. La simulación lleva implícita la violencia, el simulador tiene que destruir o acobardar al que descubre su máscara de simulación y a la vez tiene que rodearse de otros simuladores para que ninguno cuestione la falsificación.

Es la fábula del emperador desnudo que simula estar vestido; pero acá el niño que se atreve a denunciar la farsa es acusado de aguafiestas del sistema o se intenta demostrar con indignación que él se robó el vestido del emperador, o si de verdad es muy joven se le dice que con los años va a aprender por su conveniencia a ver los bellos trajes del emperador. Con la costumbre colectiva de la simulación se invierten los valores: la crisis del sistema aparece cuando alguien o algunos denuncian las bases estructurales de la simulación y la crisis se resuelve cuando los denunciantes se callan o desaparecen para que se pueda volver a legitimar la simulación como un valor que garantiza la armonía del sistema.

Esto explica los innumerables discursos actuales emanados de las distintas esferas del poder en Colombia: superar la crisis del país es volver a donde estábamos antes de la constitución del 91, es decir, regresar a la hegemonía de los poderes y las fiscalizaciones, para que nadie pueda tener la posibilidad de deslegitimar la simulación y la mentira disfrazada de democracia desde el interior mismo de las instituciones. "El

borrón y cuenta nueva" que se invoca con el disfraz del discurso de la seudotolerancia en realidad lo que significa es: el regreso a la estructura de la simulación sin posibilidad de fisuras de contradicción y por ende la necesidad de reformar la constitución, que permitió el desarrollo de estas fisuras en el sistema político-social. De ahí el énfasis en hacer creer que la crisis no es más que la pelea entre órganos de poder autónomos del estado, y que la solución está en desaparecer los órganos institucionales recién creados. Y la forma de combatir a los otros es demostrar que también son o fueron simuladores; aparece otro antivalor como medio de legitimación: como todo el mundo está "untado", al que denuncia la simulación hay que demostrarle que también él es un simulador; es la utilización del derecho como una catapulta vengativa de normas, que busca apagar la voz que denuncia la simulación, pero que no pretende terminar con la estructura de la simulación. Por lo tanto, si entendemos la ética solo como costumbre, la crisis no es de la ética sino que estamos haciendo conciencia de que casi siempre hemos sido así.

B) La ética entendida como "modo de ser" o "carácter" nos obliga a otro tipo de reflexión:

¿Cuál es nuestro modo de ser o nuestro carácter de identidad colombiana?, o cuál es la conciencia que tenemos de nosotros mis-

mos como alma colectiva? el intento de respuesta nos lleva a los orígenes históricos. No ha existido nunca un país llamado Colombia, sino millones de colombianos separados en distintas clases, razas, ideológicas y ejércitos. La ética de la clase dirigente se ha constituido desde sus inicios en la colonia, como una ética monárquica del poder de los abolengos y los latifundios. Al contrario de la ética calvinista de los norteamericanos que impulsó a sus líderes al trabajo,¹ nuestra religión católica les otorgó a nuestra aristocracia y a nuestra burguesía nacional el sustento moral de la religión, para que consideraran como un derecho divino la conservación de los privilegios sociales sin trabajar; el derecho legítimo a vivir a costa de los otros, por ello la agricultura y el comercio fueron percibidos como una labor indigna y degradante.

Esta ética basada sólo en la manera de ser de una clase específica condujo a que, desde los tiempos de la independencia, se tuviera muy claro que la victoria de los criollos era el triunfo de los hijos de los españoles sobre sus padres y abuelos y nunca el triunfo de todos los colombianos, incluyendo a los indígenas, los mulatos, los negros y los mestizos. Se creo así un "modo de ser" fragmentado desde sus inicios, que no se

¹ véase Max Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ensayos sobre sociología de la religión*. Vol. 1. Madrid: Taurus, 1983; p. 23-135.

reconoce como alma o identidad colectiva, sino como un modo de ser de clan o de grupo, que para afirmarse como existente tiene que desconocer a los otros que no pertenecen a su propio carácter o imagen de ser. De manera paradójica, el sentimiento de desarraigo como cultura se genera en todas las fracciones de colombianos que se perciben incompletos y, de forma simultánea, como los depositarios exclusivos del destino nacional.

Estas fuerzas de gran profundidad psicológica y sociológica explican ese sentimiento de inferioridad colectiva y, a la vez, de superioridad grupal agresiva, que nos hace imaginarnos un país solo para los de nuestro respectivo clan, e implícitamente se acepta y apoya la idea de que la violencia en el país se resuelve cuando un ejército derrote a los demás ejércitos y de que la paz nace como resultado del dominio totalitario de una sola fracción sobre las demás o de su aniquilación definitiva.

La única manera de construir una ética de la alteridad, que reconozca y respete al otro como diferente, pero que a la vez comprenda que la unidad está formada por la diversidad cultural, depende de la formación de un modo de ser o carácter no de grupo sino de país, de la invención de un modo de ser de identidad nacional donde no existan exclusiones, sino donde todos estemos incluidos.

Pero para poder lograr esto se requiere, como primer paso, de una reinención del pasado y de los orígenes, una relectura de los hechos históricos y una profunda revalorizan de lo mestizo como un nuevo experimento de lo humano, que identifica y valora en igual proporción sus distintas sangres y sus diferentes pasados de clan. Es lo que llamó Vasconcelos el "mutante americano",² la idea de Alfonso Reyes de que los americanos somos una "Síntesis humana" o "saldo histórico" de todas las culturas del pasado de la humanidad,³ y lo que ha denominado García Canclini más recientemente como Hibridación.⁴ El modo de ser o carácter de la identidad nacional debe ser una construcción híbrida.

C) Pero existe un tercer sentido para la ética, que creo es fundamental para poder construir ese "modo de ser" híbrido, ética en su significado más antiguo quiere decir "morada", "lugar donde se habita" o "residencia".⁵

² Véase José Vasconcelos. *La Raza Cósmica*. Bogotá Editorial Oveja Negra. 1986

³ Citado por Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. En: *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*. Instituto Iberoamericano Gutemberg Suecia. Madrid: Insula. 1962; p. 112.

⁴ Véase Néstor García Canclini. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.

⁵ Véase José Aranguren. *Ética*. Madrid. Revista de Occidente. 1958. En especial el capítulo "El principio etimológico"; p. 21-31.

Y si bien la explicación conocida a esta definición es la de Heidegger, la cual se refiere a que cuando el hombre piensa habita la morada del ser, es decir, la ética es entendida en su sentido más profundo como sinónimo de ontología; lo que se quiere proponer es que entendamos la ética como un lugar común donde se habita, tanto geográfico como simbólico, y es la primera condición para que en Colombia podamos crear una ética de la alteridad a partir de unos acuerdos comunes de convivencia. Si logramos interiorizar que tenemos que vivir todos juntos en una misma morada o lugar, se puede aceptar un punto común: dañar la morada implica dañarnos todos; destruir los símbolos de la morada acaba destruyendo nuestros más íntimos símbolos. Y si aceptamos que lo ético es tratar de vivir y convivir en la única morada que nos pertenece a todos, se puede generar un acuerdo inicial: El principio áureo de la ética confuciana: no hacer a otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros y hacer a otros lo que quisiéramos que nos hicieran.⁶

Este primer acuerdo común determina la aceptación ontológica, simbólica y política del otro como diferente, pero a la vez descubre que existe una igualdad para todos, un destino colectivo determinado por

la misma morada, por el mismo lugar simbólico y geográfico de residencia. La ética kantiana como un discurso teórico de la universalidad del imperativo categórico, creo que debe transformarse en el discurso más humilde pero quizá más efectivo, de una ética que parta de puntos de acuerdo cultural según la identificación de cada morada o lugar de residencia. Para que el discurso teórico sobre la ética no continúe siendo tan infructuoso y estéril en Colombia, debemos pensar menos en tratar de acomodar nuestra realidad a Kant o a Habermas y su teoría de la acción comunicativa, y más bien partir de la ética como morada y convivencia básica.

Esto último lo quiero expresar con una metáfora: El unicornio representa en la mitología la verdad y la bondad, una ética de unicornios nace del dialogo y de la conciencia profunda de que el destino individual es el mismo destino colectivo, pero cuando el unicornio va a hablar a un río de cocodrilos de su ética profunda y dialógica, es posible que se lo coman antes de comenzar su discurso o en el mejor de los casos no lo escucharán. Entonces quizá la creación de una ética para los cocodrilos debe comenzar por convencerlos de que el río les pertenece a todos y estimularlos a que se comprometan para conveniencia de cada uno a no matarse a dentelladas entre ellos ni a defecar en las aguas comunes del río. Con el tiempo y un proceso de educación cuando

⁶ Véase Confucio. *Chung-Yung o invariabilidad en el medio*. Segundo libro clásico en: *los cuatro libros*. Barcelona: Editorial Maucci, 1961; p. 73.

se logre la mayoría de edad de la razón ilustrada de que Kant hablaba, por medio de una educación que estimule la autonomía en el niño y la reflexión, quizá los cocodrilos se vayan transformado en unicornios y, ahí sí, la ética dialógica tendrá un eco pragmático en la realidad.

2. La tolerancia civil y las violencias de la guerra

Somos una sociedad pervertida por la doble moral del estado y de la clase política, de la guerrilla, del ejército, del narcotráfico, de los medios masivos de comunicación, de la gran prensa, de los intelectuales y de la iglesia. Y esta perversión ha conducido a que nuestra palabra se prostituya a través del cinismo y de la hipocresía; y la pérdida de credibilidad en el discurso racional origina la justificación de la barbarie, de la violencia y de la guerra. Hablar entonces de tolerancia, de paz o de justicia social, solo tendrá sentido si las palabras están precedidas de los actos que las hagan veraces, si volvemos a ser coherentes entre nuestro obrar privado y colectivo y nuestros discursos. La tolerancia es un concepto que nació en los siglos XVI y XVII cuando los humanistas europeos aceptaron la reforma eclesiástica protestante en nombre del libre albedrío de los individuos y de su derecho a pensar. Luego el principio de la tolerancia entendido como " El respeto y

consideración hacia las opiniones y prácticas de los demás aunque repugnen a las nuestras"⁷ fue incorporado por la ilustración y por el estado de derecho fundamentado en la democracia que dio origen a partir del siglo XVIII al ideal de una sociedad de hombres libres regidos por la libertad de conciencia y el pensamiento racional. Por lo tanto, la negación del principio de tolerancia es la negación del estado de derecho y de una sociedad pluralista y diversa, construida sobre los fundamentos del respeto al individuo, del reconocimiento del otro, de una ética autónoma, del principio de reciprocidad entre diferentes, de la unión ante intereses comunes que buscan la convivencia pacífica. Si hemos perdido en Colombia el principio de tolerancia (o nunca lo hemos tenido), debemos preguntarnos cual es en realidad el pensamiento y la ideología que nos determina como cuerpo social. Y la respuesta parece ser clara ante las múltiples evidencias: en realidad estamos construyendo una sociedad civil basada en la intolerancia o sea en el fanatismo, en la irracionalidad, en los fundamentalismos políticos y religiosos, en una voluntad de poder enfermiza y en la violencia como sustituto de la racionalidad, que permite y acepta la desaparición del otro y les da un carácter de aparente eticidad a los mecanismos viciosos de la

⁷ Citado por Isidro H. Cisneros. *Se escribe Tolerancia, pero se debe leer democracia*. Rev. de la Universidad de Antioquia; enero-marzo 1995; No. 239; p.p. 4-5.

guerra y del terrorismo. La intolerancia de la sociedad civil tiene su fundamento profundo en una contaminación inconsciente de lo que podría denominarse con el nombre de "militarismo conceptual" o, como lo llama Castoriadis, de la "estrato-cracia", que reemplaza a la democracia.⁸ La palabra "estrato-cracia" significa etimológicamente gobierno de los ejércitos, pero lo que se desea explicar con ella es la mentalidad del guerrero que reemplaza al pensamiento del civil: para el guerrero el otro siempre es el enemigo y el enemigo debe ser eliminado a toda costa y la destrucción del enemigo está justificada como un bien para la totalidad cultural; de esta manera los asesinos se consideran héroes y paladines de la justicia y la concepción de una sociedad pacífica solo se comprende como aquella sociedad que ha destruido por completo a los enemigos, es decir al otro que piensa diferente, a la voz de la alteridad y del pluralismo.

La sociedad civil en Colombia ha caído en la trampa de la lógica del guerrero y ha terminado por matricularse en cualquiera de los múltiples ejércitos que invocan su monólogo de muerte como la única solución a los problemas sociales del país: cada ejército vocifera su verdad absoluta y justifica la utilización de las armas y la violación a

los derechos humanos fundamentales; cada muerto en Colombia ya no despierta el horror o la indignación, sino la justificación y la complicidad pasiva que está muy bien plasmada en la frase: " Si lo mataron es que debía algo"; aquí hemos llegado a este grado de barbarie: los asesinos ya tienen una razón de existir *a priori* porque disentir en un plano político o social convierte a cualquier ciudadano en un enemigo que se ha buscado su propio exterminio. Se entiende así como cada masacre, o acto terrorista, da lugar a un discurso que clama por mayor violencia para aplacar la violencia anterior, en una cadena de odio y demencia sanguinaria que la sociedad civil no es capaz de confrontar con argumentos racionales basados en la tolerancia y el estado de derecho.

La violencia extrema y horripilante que vive Colombia se explica en parte por lo que denomina Rene Girard como la evolución de la barbarie hacia " La sacralización de la violencia"; esto quiere decir que la violencia llega a un punto donde se asume como un rito seudoreligioso, y los violentos se sienten librando un papel mesiánico, donde la humanidad queda reducida a su propio grupo y los grupos contrarios son despojados de su humanidad y se asimilan a seudohumanos o a subhumanos. Si se analiza el lenguaje que expresan los distintos miembros de los diferentes ejércitos de Colombia, se entiende que ya se llegó a esta

⁸ Véase Cornelius Castoriadis, *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa editorial, 1988; p.p. 50-63.

fase de demencia sin retorno: palabras como la "plaga", los "chulos", "Las hienas" para referirse a los contrarios, reafirman que el combate ya no se hace entre humanos, y, por lo tanto, se justifica todo lo horripilante que se haga a un otro que dejó de tener dignidad de hombre. Este es el mismo proceso mental de lo que pasó con los nazis alemanes que mataron a judíos y gitanos porque creían que no eran humanos, o como ha contado Rorty de la guerra entre servios y musulmanes, donde tanto los unos como los otros creen que los contrarios son demonios que adoptaron disfraces de formas humanas.⁹

En este punto de la violencia, a la cual está empezando a entrar la guerra en Colombia, no se puede esperar que la tolerancia y un mínimo pacto de convivencia surja de los actores directos de la violencia sacralizada. Sólo podrá salir un verdadero acuerdo no violento de la llamada sociedad civil, de todos nosotros, que en primer lugar no debemos matricularnos con la mentalidad de los guerreros en ninguno de los ejércitos que intentan universalizar la guerra en el país. Y esto implica pensar y actuar con los principios de la tolerancia civil: es decir, aceptar que el otro no es el enemigo, sino que se

debe construir un diálogo que reconozca la diversidad, la alteridad y, sobre todo, la superación de las visiones unilaterales del imaginario colectivo; lo cual significa también el repudio total hacia cualquier asesinato y el respeto absoluto por el principio de la vida, incluso por encima de una teórica tranquilidad social elaborada sobre un piso de cadáveres y actos fratricidas.

3. El derecho al servicio de una conciencia moral de retardados mentales

El lugar común de que Colombia es un país de leyes solo inspira en estos tiempos una amarga mueca de ironía. La anécdota del general Hermógenes Maza en la guerra de independencia, refleja muy bien nuestra mentalidad de colombianos ante las leyes. Conocido por su valor y su tendencia sanguinaria, se sabe que recibió de Bolívar la siguiente orden, luego de que se conoció que pasó a cuchillo a tres mil soldados españoles que tenía prisioneros; "Se le ordena no volver a derramar ni una gota de sangre con los prisioneros que resulten luego de la rendición". Y a la siguiente batalla capturó a unos dos mil prisioneros y para cumplir la orden del libertador les ató rocas a los pies de cada uno y los ahogó tirándolos al río magdalena. Después contestó a Bolívar lo siguiente: "Orden cumplida mi general, no

⁹ Véase Richard Rorty. *Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo*. Revista Praxis Filosófica, Ética y Política. Departamento de Filosofía Universidad del Valle, octubre de 1995, No. 5; p.p. 211-234.

se derramó ni una gota de sangre de los prisioneros".¹⁰

La acción de Maza es muy parecida en su lógica a la que hemos tenido en la historia de Colombia en nuestra relación con las leyes y las normas: Lo que importa es cumplir o hacer creer que se cumple la formalidad de la ley, pero con la intencionalidad de burlar el espíritu y el sentido que origina dicha ley. No de otra manera se explica que muchas de las grandes justificaciones y decisiones jurídicas que se hacen ante delitos claramente establecidos, dependan de mostrar los errores del procedimiento o de que faltaron algunos requisitos para oficializar una demanda, etc, más bien que de un análisis de fondo, donde el espíritu y el sentido de la ley, como única manera de legitimar una decisión, sea el punto crucial de la discusión y el debate. Kohlberg, discípulo de Piaget, estableció en sus conocidos estudios de campo acerca de las decisiones de actos morales específicos de algunas comunidades europeas y de Norteamérica, que los seres humanos poseían grados diferentes de maduración moral, que se equiparaban a las etapas de desarrollo de los niños y eran independientes del desarrollo cognitivo. El estadio 3 "de expectativas, relaciones y conformidad mutuas interpersonales" y el

estadio 4 "de mantenimiento del sistema social y de conciencia" correspondía a niveles donde las leyes y normas se aceptan porque se empieza a entender que tienen un sentido y un significado. Pero existen etapas de inmadurez moral más bajas como el estadio 1 "de castigo y obediencia", que corresponde más o menos a los dos años de edad mental, en donde se obedecen las leyes y las normas debido sólo a un acto reflejo condicionado por el temor al castigo; pero cuando el sujeto cree que no va a ser castigado éste infringe la norma o la ley, pues ésta no se ha comprendido en su espíritu y sentido.¹¹

No es una injusticia decir que buena parte de la crisis del derecho y de la violación a las leyes en Colombia, radica en que somos unos retardados mentales morales, que únicamente cumplimos las normas por el miedo al castigo y que, por ello, cuando podemos nos sentimos autorizados a infringirlas, o a buscar la manera de aceptarlas formalmente pero no en su sentido profundo. En parte, el derecho se ha convertido en la manera como se buscan interpretaciones para burlar el sentido de las leyes, sin pensar en su nexo profundo con los valores sociales y en las consecuencias políticas y

¹⁰ Véase Carlos Delgado Nieto. *Nermógenes Maza*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1971. (Colección Cultura Popular).

¹¹ Véase Lawrence Kohlberg. *Los seis estadios del juicio moral*. Apéndice. En: José Luis Carracedo. *El hombre y la ética*. Barcelona: Anthropos, 1987; p.p. 219-224.

éticas de una bufonización de las normas y las leyes.

La universidad tiene una buena cuota de culpa en este retardo moral del país, porque los distintos profesionales sólo aprenden técnicas de artesanía laboral, pero no piensan en la ciencia que da origen a estas técnicas. Así como los médicos se han convertido en tecnólogos de cuerpos enfermos y en recetadores de drogas, y han perdido la mirada profunda en el ser humano sano y enfermo, de igual manera los abogados están contribuyendo a hacer de las leyes simples procedimientos mecanizados, y se pretende burlar el sentido de las normas a través de la retórica o el cinismo que impone lo formal por encima de lo esencial.

No será aumentando el número de leyes como este país recupere su creencia en la justicia y el derecho, sino creciendo todos en los planos de la madurez moral, interiorizando críticamente el sentido de las leyes y respetándolas a partir de principios racionales y no simplemente por los reflejos condicionados del castigo, que son muy similares al tipo de obediencia que se obtiene con los ratones de laboratorio.

4. Qué hacer como universidad para construir otro país

La universidad y todos los que la conformamos debemos empezar por observar y

modificar nuestra propia intolerancia y de esta manera superar la esquizofrenia entre el actuar y el hablar. Las raíces históricas de la intolerancia en Colombia tienen mucho que ver con una educación sectaria y partidista, tanto desde el punto de vista político como religioso. De hecho, como nos recuerda Gutiérrez Girardot, mientras las universidades europeas recibían y multiplicaban las ideas de la ilustración y la tolerancia desde el siglo XVIII, nosotros recibimos de España los vientos del sectarismo de la contrarreforma, el fanatismo medieval y la sangre de inquisidores del santo oficio. La educación en Hispanoamérica hasta bien entrado el siglo XIX se basó en el predominio del mensaje bíblico de "Quien no está conmigo está contra mí", dejando a un lado el ideal del cristianismo primitivo que se basaba en su "Amaos los unos a los otros",¹²

Luis Carlos Restrepo en su *Derecho a la paz. Manifiesto de insurgencia civil*, expresa cómo la responsabilidad de construir un "nuevo universo simbólico para legarlo en heredad" a nuestros hijos y nietos, le corresponde a la sociedad civil, a cada uno de nosotros comprometido con la tolerancia y en el rechazo a las acciones de los guerreros que hoy más que nunca representan la bar-

¹² Véase Rafael Gutiérrez Girardot. *Universidad y sociedad*. Revista Argumentos. 14-15-16-17, octubre 1986; p.p. 63-76.

barie de los asesinos.¹³ Esos "asesinos sonrientes" que se pavonean por las calles, los campos y las instituciones, enfermos de ansias de poder y de paranoia, dispuestos a no dejar surgir una nueva Colombia hastiada de tanta corrupción y violencia externa e institucionalizada.

Pensar en estos tiempos de barbarie es una importante manera de actuar y de ofrecer a la juventud otras alternativas de sociedad basadas en la tolerancia y la pluralidad. Refiere Italo Calvino en sus *Ciudades invisibles* que: "El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio".¹⁴

Todos los miembros de la comunidad universitaria debemos comprometernos de manera efectiva con lograr que la tolerancia civil derrote al infierno de la guerra, ese infierno que niega al otro, un infierno

que vive para la destrucción, cargado de odio y violencia, dispuesto a arrasarnos a todos en su guerra demencial. Que la universidad ofrezca al país reconciliación e inteligencia, respeto profundo por la diferencia y por la vida. Como decía Voltaire "Solo la tolerancia puede hacer soportable a la sociedad".¹⁵ Entonces intentémoslo con las acciones que precedan a las palabras.

Una última reflexión es pertinente a partir de la metáfora descrita por Edgar Morin: la oruga para convertirse en mariposa debe encerrarse dentro de la crisálida y destruir todo su organismo de oruga para que se desarrolle el de mariposa, a excepción de su sistema nervioso central;¹⁶ pero la crisis representa la muerte de la oruga que se resiste a transformarse, y la posibilidad de la mariposa de nacer y volar.

El viejo país de los politiqueros premodernos, de los corruptos, de los simuladores y de los violentos, son la oruga que en su último estertor intenta detener el proceso de la transformación; la juventud y más la juventud que ha tenido el privilegio de educarse, debe intuir en medio de la crisis y la amenaza de la oruga moribunda, que sólo ella está preñada de un futuro de mariposa,

¹³ Texto inédito. Fotocopia de manuscrito. 1995. Atención personal de Ana María Álvarez.

¹⁴ Italo Calvino. *Las ciudades invisibles*. Madrid: Sruela - bolsillo, 1995; p. 171.

¹⁵ Voltaire. *Tratado de la tolerancia*. Barcelona: Grijalbo, 1984.

¹⁶ Metáfora citada por Rodrigo Parra Sandoval en su conferencia "El sueño de Flaubert" Feria internacional del libro de Bogotá. Encuentro de escritores colombianos. Abril 1996.

que este país vive la crisis de la transformación y que la verdadera derrota sería acabar con la crisis, quedar convertidos en un fósil de oruga que prefirió la muerte de todas sus posibilidades de transformación, a cambio de su enfermizo temor a perder el poder conocido.

Que viva la crisis y como decía un grafito encontrado en la pared de una iglesia gótica de alguna ciudad europea en el año apocalíptico Mil: "En razón de la crisis se aplaza el fin del mundo".

Bibliografía

- Aranguren, José Luis. *Ética*. Madrid: Revista de Occidente, 1958.
- Calvino, Italo. *Las Ciudades Invisibles*. Madrid: Siruela, 1995.
- Castoriadis, Cornelius. *Los Dominios del Hombre: Encrucijadas del Laberinto*. Barcelona: Gedisa, 1988.
- Cisneros, Y. H. *Se escribe tolerancia, pero se debe leer democracia*. Revista Universidad de Antioquia. Medellín. No. 239. Enero-marzo, 1995.
- Confucio: Chun-Yung. *Los Cuatro Clásicos*. Barcelona: editorial Maucci, 1961.
- Delgado Nieto C. *Hermógenes Maza*. Bogotá: I.C.C., 1971.
- García Canclini N. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.
- Gutiérrez Girardot R. *Las Imágenes de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Insula, 1962.
- . *Provocaciones*. Bogotá: Fundación editorial investigar y fundación nuestra América mestiza, 1992.
- . *Universidad y Sociedad*. Bogotá: Argumentos, 14/15/16/17, 1986.
- Kohlberg Lawrence: *Los Seis Estadios del Juicio Moral*. En: *El Hombre y la Ética*. Barcelona: Anthropos, 1987.
- Restrepo Luis C. *El Derecho a la Paz. Manifiesto de insurgencia civil*. 1995. (texto inédito).
- Rorty, Richard. *Derechos Humanos, Racionalidad y Sentimentalismo*. Praxis filosófica. No. 5. Octubre de 1995.
- Vasconcelos, José. *La Raza Cósmica*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1986.
- Voltaire. *Tratado de la Tolerancia*. Barcelona: Grijalbo, 1984.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo; ensayos sobre sociología de las religiones*. Vol. 1. Madrid: Taurus, 1983.

